

Somos naturaleza

Por Rosana Arizmendi-Mejía, Ph.D.

Respiro hondo y me siento en casa. Percibo cómo cada célula de mi cuerpo se despierta con el olor que desprende el jardín en el que estoy y me doy cuenta de que esta sensación de familiaridad es mucho más profunda de lo que me imagino; no aparece solamente por haber conocido previamente este lugar, sino que, en realidad, es algo mucho más primitivo, más emocional, más instintivo: los miles de conexiones neurológicas de mi cerebro, que se han desarrollado durante los millones de años de evolución en los que hemos estado en contacto con nuestro entorno, están siendo activadas en ese breve momento de contacto con los otros seres vivos que habitan el jardín (o el bosque, o el río, o la montaña).¹

Largos y transformadores procesos son los responsables de esta sensación de afinidad con el resto de la naturaleza. Para empezar, la vida en la Tierra surgió hace 3.700 millones de años, cerca de 800 millones de años después de que el planeta se formara por colisiones de rocas y polvo cósmico. La combinación de estos materiales con el agua (que también vino de afuera), con el calor y la electricidad de la atmósfera primitiva de la Tierra, propició las condiciones para que aquí surgiera la vida, en forma de organismos unicelulares compuestos por los mismos elementos químicos de los cuales estaba formado el planeta (principalmente carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno). Por un prolongado período, ellos fueron los únicos seres vivientes que deambularon por la Tierra. Sin embargo, gracias a la evolución y a las condiciones ambientales –constantemente cambiantes–, hace 1.100 millones de años aparecieron los primeros organismos pluricelulares (es decir, formados por la unión y conexión de muchas células) y, desde entonces, el planeta no ha vuelto a ser el mismo, pues el gran entramado de la vida de este punto azul pálido² no ha parado de cambiar, complejizarse y diversificarse, dando origen a la gran biodiversidad de la actualidad.

Nosotros, los humanos, somos parte de este inmenso abanico de formas, colores, olores, interacciones y funciones e, irrefutablemente, somos el resultado del mismo proceso evolutivo que, lentamente, ha dado origen al resto de los seres vivos. Al igual que ellos, también estamos hechos de carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno; también respiramos, como las plantas y el resto de los animales; necesitamos nutrientes para vivir; y nos regimos por los ciclos naturales del planeta. Tal vez en lo único que nos diferenciamos es en que somos una de las especies más “nuevas” (anatómicamente, los humanos modernos solo llevamos 300 mil años de existencia) y en que, por azares evolutivos, hemos sido capaces de cambiar el mundo (literalmente, y no siempre de manera positiva) con nuestra imaginación.

Esta característica maravillosa nos ha permitido inventar, investigar y conocer; pero, irónicamente, también ha sido una de las causas indirectas de nuestra desconexión

¹ Más información: “Nurtured by nature”, por Kirsten Weir, 2020. American Psychological Association.

² Esta frase fue acuñada por el astrónomo Carl Sagan en la década de 1990, quien se inspiró en una fotografía de la Tierra, tomada por la sonda espacial Voyager 1, desde una distancia de 6.000 millones de Km. Foto: <https://bit.ly/3REjFnQ>

actual, tanto de nosotros mismos como del resto de la naturaleza. Durante los últimos dos siglos hemos erigido un culto al consumo y a la tecnología, cual si fueran dioses capaces de darnos alegrías y salvarnos de nuestras tristezas, haciéndonos creer falsamente superiores y separados de lo que nos rodea: de manera bastante paradójica, el mundo ultraconectado de hoy, en el que una persona pasa en promedio alrededor de 18 horas a la semana navegando en redes sociales (Foro Económico Mundial, 2022), es también el momento de la historia de la humanidad en el que más soledad, depresión y ansiedad se han registrado en la sociedad occidental (Brandon H Hidaka, 2012). Esto solo es un síntoma de la falta de conexión con nosotros mismos, con los demás seres vivos, y con la Tierra, lo cual, a nivel individual se expresa como soledad, y a nivel planetario se expresa como la gran crisis socio-ecológica de nuestros tiempos: se nos ha olvidado que *somos naturaleza* y que existimos gracias a los miles de interacciones³ que tenemos con ella.

Sentirnos separados del planeta es una causa directa de la crisis climática multidimensional y sistémica que vivimos hoy. Talamos bosques, colonizamos ecosistemas y quemamos combustibles fósiles —que llevan decenas de millones de años enterrados bajo el suelo— a nuestro antojo, como si las consecuencias de tales acciones nos fueran ajenas, como si fuéramos dueños de todo lo “no humano” que habita la Tierra. Solo ahora, cuando las repercusiones de nuestros actos son tan inminentes y graves, es que estamos empezando a ser conscientes de que el daño que le hacemos al planeta es también un daño a nosotros mismos.

Por eso es urgente actuar ya, desde todos los frentes. Gobiernos, organizaciones y personas somos parte de la causa, pero también de la solución. Es hora de que recordemos que somos parte de una red interconectada, llamada naturaleza, en la que todos somos interdependientes. ¡Recuperemos, entonces, nuestra esencia y ejerzamos activamente nuestro rol en el entramado de la vida de la Tierra! ¿Se imaginan cómo sería el mundo si incluyéramos esta noción en nuestras decisiones de consumo, en nuestras políticas públicas y en las estrategias de crecimiento de las empresas? Sin duda, sería una belleza.

Rosana Arizmendi-Mejía, Ph.D.

Doctora en Ecología, con Maestría en Ciencias del Mar y pregrado en Ciencias Ambientales. Fue investigadora en el Instituto de Ciencias del Mar y en la Universidad de Barcelona y coordinó el área de Cultura ambiental de la Universidad EAFIT, donde ha sido profesora de Desarrollo sostenible y Ecología desde 2015. Fue responsable de la Escuela de Naturaleza de Comfama, donde también lideró el área de Educación terciaria. Ha coordinado proyectos internacionales de conservación y cambio climático y actualmente lidera la estrategia de recaudación de fondos y sostenibilidad de la Alianza por la Minería Responsable. Es columnista de opinión en La Silla Llena y Vivir en El Poblado.

³ Más información: “Evaluación nacional de biodiversidad y servicios ecosistémicos de Colombia”, Capítulo 3. Instituto de Investigaciones Biológicas Alexander von Humboldt, 2021.

Bibliografía

Brandon H Hidaka. (2012). Depression as a disease of modernity: Explanations for increasing prevalence. *Journal of Affective Disorders*, 140(3), 205-214. doi:<https://doi.org/10.1016/j.jad.2011.12.036>

Foro Económico Mundial. (2022). *Which countries spend the most time on social media?* Obtenido de <https://www.weforum.org/agenda/2022/04/social-media-internet-connectivity/>